

DE CEUTA A TETUÁN (durante la guerra de África de 1859-1860)

Faustino ACOSTA ORTEGA¹

RESUMEN

Durante los catorce primeros días de enero de 1860, el ejército expedicionario español llevó a cabo una marcha desde Ceuta hasta el valle de Tetuán en condiciones de inferioridad numérica, por un terreno difícil y dominado por el enemigo, bajo unas condiciones meteorológicas muy adversas. Riesgos que pudieron haber supuesto el fracaso de la campaña.

La victoria en Castillejos, así como los pasos del M'nuel y Cabo Negro, que permitieron alcanzar con éxito el valle de Tetuán, fueron posibles gracias a la superioridad táctica sobre el enemigo, así como a la disciplina y resistencia de los soldados españoles.

PALABRAS CLAVE: Guerra de África (1859-1860). Castillejos. Río Asmir. Cabo Negro.

ABSTRACT

During the first fourteen days of January 1860, the Expeditionary Spanish Army carried out a march from Ceuta to Tetuan valley, in numerical

¹ Embajador marca Ejército. Doctor en CC. Económicas (UB).
Email: facosta.anav@gmail.com

inferiority, through a hard and dominates by the enemy ground and under hard weather conditions. Risks, each of them, able to cause the failure of the campaign.

The victories on Castillejos, in the pass of M'nuel River and on Cape Negro, which made possible the seizing of Tetuan valley, were due to two main reason: the tactical superiority over the enemy, so as the discipline and endurance of the Spanish soldiers.

KEYWORDS: Spanish Campaign in Morocco (1859-1860). Castillejos. Azmeer river. Cape Negro.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

Las razones que llevaron a la declaración de guerra el veintitrés de octubre de 1859 han sido ampliamente analizadas. No es difícil encontrar motivos para una guerra que ya venía intuyéndose meses antes de la destrucción del hito con las armas españolas en la línea divisoria.

La plaza estaba dominada por unos cerros suficientemente próximos como para que la artillería pudiera batirla. Por eso, las autoridades españolas pretendían para Ceuta, sin haberlo logrado, la extensión de la línea de demarcación hasta el límite del área cubierta por el alcance de un cañón disparado desde la muralla, como se había conseguido para Melilla. Esta situación sirve para explicar la vehemencia en las actuaciones del comandante de la plaza durante los incidentes iniciales, así como también los términos del acuerdo de paz que llevaron a la extensión de los límites hasta la línea de los reductos. Pero seguramente sigue siendo una explicación insuficiente.

Para muchos, las razones de la guerra hay que buscarlas en el contexto internacional. La debilidad del imperio turco, la guerra por la independencia italiana, o la *neue Ära* prusiana estaban definiendo un nuevo orden en Europa. Inglaterra y Francia, los países hegemónicos del momento, tenían intereses en el Magreb. La posición hegemónica de estas potencias se proyectaba fuera de Europa: desde la toma de Cochinchina por Francia (con colaboración española) limitando la expansión inglesa en el Pacífico, a la colaboración de ambas potencias en la construcción del canal de Suez.

Francia se adueñó de Argelia en 1844 y amenazaba controlar Marruecos, control que hubiera mermado el valor estratégico de las plazas españolas. Esa posibilidad llevó a tomar posesión de las islas Chafarinas en 1848.

En lo que se refiere a Inglaterra, en 1856 había forzado la firma de un acuerdo comercial con Marruecos y ambicionaba constituirse como protectorado de facto. Su influencia, cada vez mayor en el país, hacía temer que lograra el control efectivo de Tánger, la otra puerta del Estrecho. España, que siempre había considerado estratégico el norte de Marruecos, necesitaba afianzar su posición en la región y mostrarse como actor en el teatro europeo.

Estas circunstancias internacionales, aunque importantes, no justifican por sí solas la disposición a hacer uso de los ingentes recursos, humanos y materiales, necesarios para sostener la guerra. El gobierno de España estaba en manos de la Unión Liberal, resultado de la integración del ala más liberal del partido moderado (los puritanos) y la parte más moderada del partido liberal (los templados). La Unión Liberal carecía de ideario, su acción política se centraba en la defensa de acciones tendentes a recuperar la concordia y el prestigio internacional del país. Una forma rápida de conseguir unir a la nación era, sin duda, la restauración del orgullo patrio, herido por una agresión no provocada, tal y como la transmitía la prensa del momento:

«Estos hechos recientes, unidos a los del mismo género que vienen teniendo lugar en aquellos puntos, parece que han despertado, por fin, al gobierno, y que se trata seriamente de mandar una expedición al África. Tratándose de esta materia, tratándose del honor de nuestro país, de la sangre de nuestro ejército, solo un voto tenemos que hacer: que triunfe con la menor pérdida posible»².

Respecto al prestigio de España, defendía el mismo medio:

«¿Es necesaria la expedición? Si no quiere renunciar España al título de potencia de segundo orden, a que por nuestras desgracias ha llegado, si no quiere rebajarse a la última categoría de las naciones de Europa, no tiene más remedio que hacer el sensible sacrificio de algunos de sus hijos y de sus tesoros»³.

La conjunción de las razones expuestas (con la probable adición de algunas otras) condujeron a la guerra de 1859-1860. Para llevarla a cabo se contaba con un ejército que se había beneficiado de una importante mo-

² *La Corona*, 1/09/1859, pág. 1.

³ *Ibidem*.

dernización los años anteriores, aunque la tropa y la oficialidad más joven carecía de experiencia en combate (los oficiales de más antigüedad la habían adquirido en sangrientas guerras civiles). Y con una escuadra que se encontraba en los primeros compases de su modernización, careciendo entonces de los medios necesarios para una campaña que precisaba un importante apoyo naval.

La carencia de medios navales llevó a planear la campaña estableciendo una cabeza de puente en Ceuta y obligando con ello al desarrollo de una campaña en tres fases. La primera, que se desarrolló entre el diecinueve de noviembre y el 31 de diciembre de 1859, fue una etapa defensiva hasta que fue posible acumular la fuerza necesaria y asegurar la plaza. La segunda fue una fase de transición, requirió proyectar la fuerza hasta el punto de inicio de la ofensiva, lo que supuso dos semanas de combates y penalidades en las que el fracaso estuvo siempre amenazando la expedición. Y, finalmente, la fase ofensiva se inició con el control del valle de Tetuán y acabó con la victoria sobre los ejércitos del sultán.

La primera fase resultó de una extraordinaria dureza, el primer cuerpo de ejército tuvo que enfrentarse a un enemigo superior con dominio del terreno, al cólera (llegó a causar trescientas bajas en un día) y a la desfavorable meteorología: llovió treinta y cinco de los cuarenta días que duró esta fase, además complicó el tráfico por el Estrecho provocando retrasos en el transporte del ejército y su impedimenta.

Pero sin duda, la fase crítica de la campaña fue la segunda, el recorrido de unos cuarenta kilómetros entre Ceuta y Tetuán con la escuadra como único apoyo logístico, enfrentados a un enemigo superior en número y por un sendero dominado a su derecha por una orografía agreste en manos enemigas. Todos esos factores eran conocidos y pudieron ser valorados con anticipación. Pero había otros imposibles de valorar, o que sobrepasaron las previsiones, y que pudieron conducir al ejército expedicionario al desastre.

En primer lugar, se carecía de un conocimiento preciso del terreno. Una vez superado el valle de Castillejos, la exploración de detalle -del camino por recorrer- se hacía desde cada posición ganada. Se conocía la dificultad de paso por el río M^onuel, fácilmente defendible por una pequeña fuerza, y también se preveían las dificultades en el paso a través de las alturas de cabo Negro, donde además no se podría contar con el apoyo artillero de la escuadra. En el momento de la partida de ningunos de estos pasos había un conocimiento preciso.

En segundo lugar, las enfermedades, el cólera como la más grave de ellas. En su momento más crítico llegó a alcanzar trecientos nuevos casos en un solo día, llegando algún batallón a perder la mitad de sus efectivos. A

principios de enero todavía existía una fuerte afectación en la caballería y en el tercer cuerpo, los últimos en desembarcar. La incidencia del cólera fue disminuyendo una vez que la tropa se puso en camino, aunque se agravó tras los días de espera en el Asmir.

El tercer factor de incertidumbre fue el meteorológico. Se sabía que en invierno las tormentas eran frecuentes en el Estrecho, pero los planes se trazaron suponiéndoles una duración máxima de tres días, cálculo que resultó muy optimista. La tormenta de levante que se estableció entre los días siete y doce de enero estuvo a punto de dejar aislada a la fuerza expedicionaria en mitad de un terreno impracticable y acosados por un enemigo superior en número que bien pudo dar al traste con las esperanzas de victoria.

Este trabajo tiene el propósito de centrarse en esa segunda etapa de la campaña, poniendo énfasis en las dificultades que se acometieron durante la marcha, los errores que se cometieron y el valor y los aciertos que permitieron superarla. Para ello, tras presentar una breve panorámica sobre la orografía del terreno y las características de los contendientes, así como sobre las circunstancias que llevaron a decidir el plan de campaña, se hace una somera descripción de los hechos sucedidos durante la marcha, procurando evitar un innecesario énfasis en el detalle de las diferentes acciones que tuvieron lugar y cuyo desarrollo ha sido ya tratado con profusión en numerosas publicaciones sobre el tema.

El tema de la guerra de África ha sido ampliamente trabajado desde los instantes mismos en que se estaba produciendo. Una consulta a los fondos de la Biblioteca Nacional con el término «Guerra hispano-marroquí» arroja unas existencias de ciento cuarenta y tres libros, a los que habría que añadir un abundante número de artículos de prensa periódica (en España y en el extranjero), además de innumerables artículos de carácter militar o histórico.

El interés que despertó en la sociedad española (y en otros países) hizo que un considerable número de corresponsales acompañara a la tropa. Aparte de abundantes crónicas en la prensa española y europea, algunos de ellos nos han dejado interesantes relatos de sus experiencias durante la campaña, entre ellos el español Antonio de Alarcón⁴, el francés Charles Yriarte⁵ y el inglés Frederick Hardman⁶. Documentos coetáneos de diferentes insti-

⁴ Alarcón, Pedro A.: *Diario de un testigo de la guerra de África*. Imprenta y librería de Gaspar Roig, Madrid, 1860.

⁵ Yriarte, Charles: *Sous la tente. Souvenirs du Maroc: récits de guerre et de voyage*. Marizot, libraire-éditeur, Paris, 1863.

⁶ Hardman, Frederick (1860): *The Spanish Campaign in Morocco*. Willian Blackwood & Son, London, 1860.

tuciones ofrecen un extenso volumen de datos relativos a la campaña⁷. Su recopilación en la Biblioteca Virtual de Defensa, permite un fácil acceso a esas informaciones.

Durante los años siguientes a la campaña se escribieron numerosos análisis sobre el desarrollo de ésta, entre todos ellos merecen especial interés los trabajos del general Martín Arrúe⁸ y del comandante francés Mordacq⁹.

La tesis doctoral de Garrido¹⁰ ofrece, a parte del interés de su desarrollo, una exhaustiva relación de fuentes primarias que ayudan a completar los documentos recopilatorios antes mencionados. Finalmente, el reciente libro de Albí¹¹ contiene una revisión completa y amena de la campaña, así como una rica revisión de la bibliografía existente.

*El teatro de operaciones*¹²

La península de Almina se encuentra situada en el extremo este de la parte africana del Estrecho de Gibraltar, la ciudad de Ceuta ocupaba en 1859 su istmo. Esta península, que tiene forma de arco, se extiende desde la unión con el continente, a su oeste, hasta el monte Hacho, en su parte noreste, configurando hacia poniente una pequeña bahía abierta a los vientos del cuarto cuadrante. La ciudad se encontraba entonces defendida en su unión al continente por una triple línea de fortificaciones y un foso que cortaba el istmo en sentido norte-sur. Sobre el monte (198 metros de altura sobre el nivel del

⁷ Entre ellos, resultan de especial interés: el *Atlas Histórico y Topográfico de la Guerra de África en 1859-1860*, *Memoria Administrativa de la Campaña de África*, *Album de la guerra de África*, *Estado General de la Armada para el año de 1860*, *Estado Militar de España e Indias del año de 1860*; así como el artículo García García, Mariano: «Memoria sobre los trabajos hechos en África por las compañías de pontoneros», en *Memorial de Ingenieros (año 1862)*. Todos ellos disponibles en: <https://bibliotecavirtual.defensa.gob.es/BVMDefensa/es/consulta/busqueda.do>

⁸ Martín Arrúe, Francisco: *Guerra Hispano-Marroquí de 1859 y 1860: estudio histórico*. Real Academia de la Historia, Madrid, 1916.

⁹ Mordacq, Henri J. J.: *La Guerre au Maroc: enseignements tactiques de deux guerres, franco-marocaine (1844) et hispano-marocaine (1859)*. Henri Charles-Lavauzelle ed., París, 1908.

¹⁰ Garrido Guijarro, Óscar: *Aproximación a los antecedentes, las causas y las consecuencias de la guerra de África (1859-1860). Desde las comunicaciones entre la diplomacia española y el ministerio de Estado* (tesis). Gil Pérez, Javier y Requena y Díez de Revenga (dir.). UNED, Madrid, 2014.

¹¹ Albí de la Cuesta, Julio: *¡Españoles a Marruecos! La guerra de África 1859-1860*. Desperta ferro ediciones, Madrid, 2018.

¹² Una descripción detallada de la orografía del norte de Marruecos puede consultarse en Martín Arrúe, op. cit., pp. 72-83.

mar) se alzaba la fortaleza de la ciudad. Varios fuertes y una costa escarpada y amurallada completaban la defensa de la plaza contra los ataques por mar.

Desde el tratado de 1844, los límites del dominio español se extendían hasta una línea divisoria, a poco más de un kilómetro al oeste de la muralla y de alrededor de 1.500 metros de longitud, trazada en dirección noroeste-sureste. La zona bajo dominio español exterior a la muralla circunscribía una superficie en forma de triángulo equilátero, con dos de sus lados convexos, delimitando un área, desprovista de vegetación, de algo más de 1,5 km². Entre la muralla y el límite se encuentra el cerro del Otero, de unos 72 metros de altura sobre el nivel del mar, junto a él las ruinas de Ceuta la Vieja.

Al otro lado de la línea divisoria, a poco más de un kilómetro de ésta, se mantenía aún erguido, en una colina de 130 metros de altura, un edificio medio arruinado, el Serrallo. Era un antiguo palacete, usado como cuartel por la fuerza permanente del sultán para la vigilancia de la línea de demarcación. A medio camino entre este edificio y el Otero, en la parte marroquí, estaba la pequeña mezquita de *Sidi Embarek*. Un espeso bosque de alcornoques rodeaba ambos edificios.

A partir del Otero, una vez pasada la línea divisoria, el terreno se eleva hacia el oeste en una sucesión de colinas, cada vez de mayor altura, que configuran las estribaciones de la sierra de Bullones. Por su cara norte, la sierra desciende de forma rápida hasta el mar, conformando en el Estrecho una costa abrupta que se extiende hasta el cabo Espartel, haciendo de esta costa un lugar poco adecuado para desembarcos.

La sierra de Bullones es una sucesión de escarpadas montañas de granito, con espesos bosques y profundos barrancos, como el boquete de Anghera, al suroeste del Serrallo, que sirve de entrada al desfiladero del mismo nombre, flanqueado por alturas de 400 metros, y por donde asciende un sendero que, remontando la cresta del Pequeño Atlas, termina en el camino de Tetuán a Tánger. La zona estaba prácticamente despoblada.

Entre el Serrallo y el boquete de Anghera se encuentra el barranco del Infierno, con bosques espesos y fuerte pendiente, y por donde circula en sentido sur-norte un pequeño riachuelo con desembocadura en el Estrecho. Más allá del barranco se alza el monte del Renegado, de 340 metros de altura, que debe su nombre a una casa rodeada de alcornoques que hay cerca de su cumbre. Al principio de la ladera este del Renegado, otro barranco recorre un trayecto paralelo al barranco del Infierno. Al sur del Serrallo, al pie de una serie de alturas de alrededor de 200 metros, discurre hasta el mar, en sentido oeste-este, el barranco de los Reductos, llamado así por ser en esas

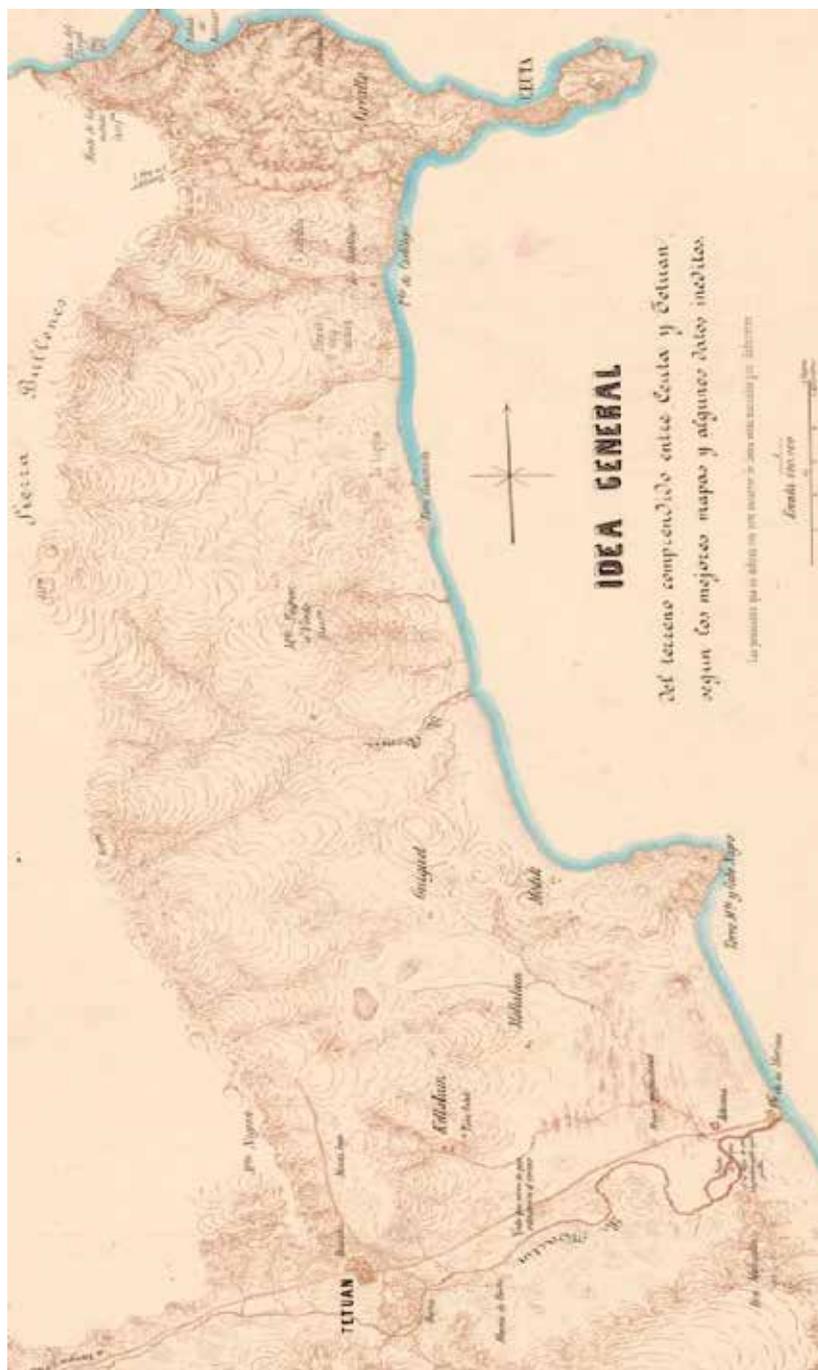


Figura 1. Idea general del terreno comprendido entre Ceuta y Tetuán. *Biblioteca Virtual de Defensa*

alturas donde se construyeron los reductos defensivos a partir de finales de noviembre de 1859.

Por el este, la sierra desciende hasta el litoral Mediterráneo por donde, a partir del barranco de los Reductos, transcurría un sendero junto a la costa en dirección al valle de los Castillejos. Avanzando por ese sendero hacia el sur, hacia el cabo Negro, salvado el valle del Tarajar, se alcanza el valle de los Castillejos, limitado por el sudeste por las alturas de la Condesa, al sur del río, que marcan la separación con el valle del río M'anel, y por el noroeste por varias lomas que forman una línea paralela al mar a menos de un kilómetro de éste. Cada una domina a la anterior por la mayor elevación de su cumbre, y se hallan separadas entre sí por pronunciadas ondulaciones del terreno. La vegetación predominante era entonces de monte bajo con bosques dispersos y arbustos de hasta dos metros de altura. El valle tiene la forma de un trapecio de bases curvas, de las cuales la más extensa es la costa, y la menor las alturas del oeste. El río de los Castillejos se deslizaba por una verde pradera, a unos cinco kilómetros por la costa del barranco de los Reductos.

Poco antes de llegar al río, en una loma de menor altura que las anteriores, se encontraba una edificación llamada la casa del Morabito que estaba flanqueada por un bosque. Entre ésta y el mar se hallaban las ruinas de unas edificaciones que por su forma recordaban un castillo y justificaban el nombre del valle. En el fondo de éste, entre las alturas de la Condesa y las lomas, se abre una cañada profunda y encajonada que termina en una hondonada.

Siguiendo hacia el sur, entre las alturas de la Condesa y el monte Negrón, discurre el río M'nuel, con su margen izquierda al pie mismo de las faldas meridionales del monte. En la última parte de su curso el río se desvía bruscamente hacia el sur, filtrándose sus aguas en la arena y formando lagunas próximas al mar¹³. Estas lagunas eran extensas y cenagosas, del lado de la sierra estaban dominadas por un dilatado conjunto de rocas y peñascos que sirven como parapeto natural desde el cual se podría defender fácilmente el dificultoso paso por el litoral.

Entre el mar y las lagunas, existía una lengua de arena, de solo unos metros de anchura, que llegaba al pie mismo de la estribación del monte Negrón. Estas estribaciones podían atravesarse mediante un empinado desfiladero, tanto por su vertiente septentrional, como por la meridional, siendo el único paso, aunque dificultoso, del citado monte, además del que se aparta del litoral hacia el sudeste para pasar entre los peñascos antes comentados.

¹³ El nombre de M'nuel procede del árabe Uad R'Mel (río de la arena).

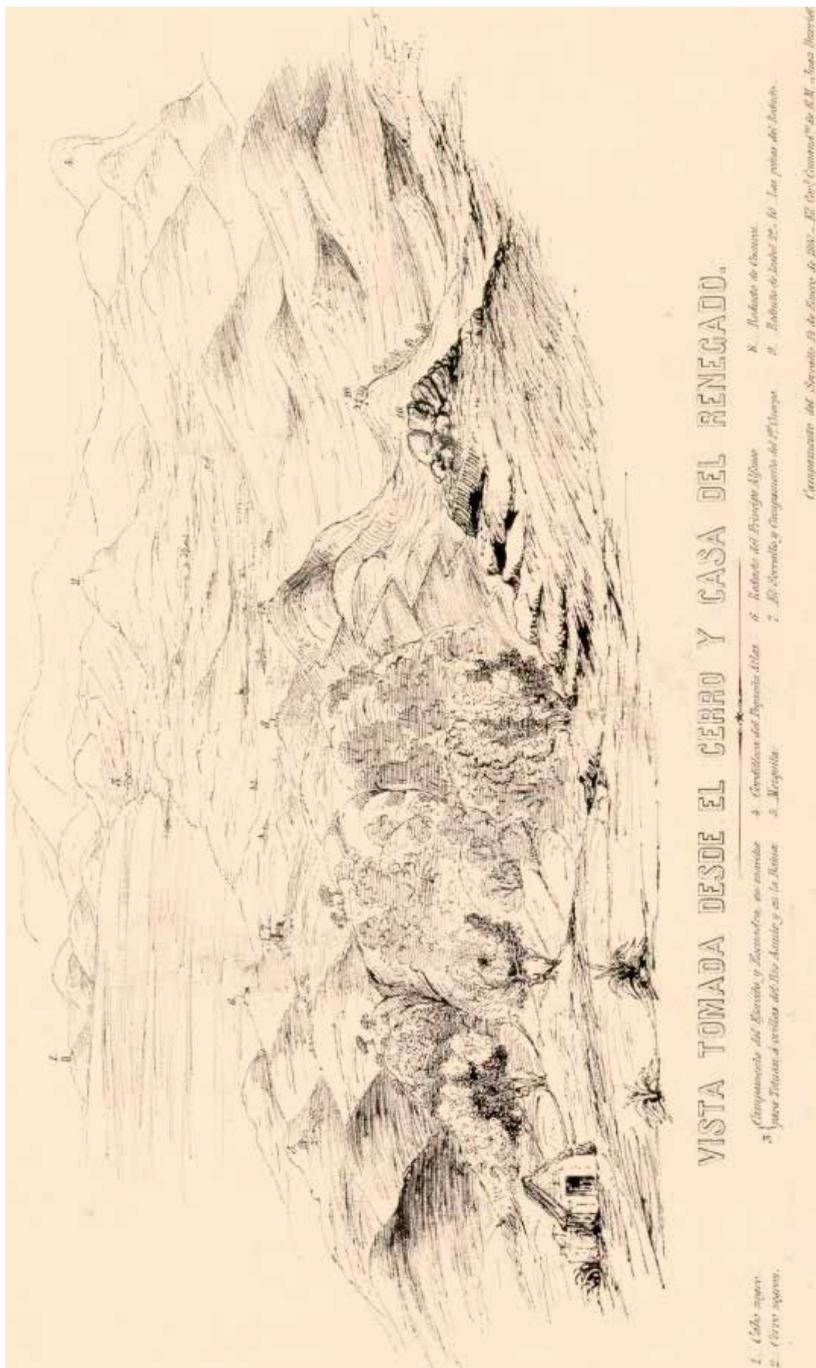


Figura 2. Vista del terreno comprendido entre el Serrallo (centro de la imagen) y cabo Negro (parte superior izquierda). *Biblioteca virtual de Defensa*

Había una torre cuadrada junto a la costa antiguamente dedicada a la defensa del paso.

Una vez superado el monte Negrón, se entra en el valle del Asmir, más ancho que el anterior. El curso del río Asmir (habitualmente seco) transcurre por las faldas sur del monte. En su margen derecha hay pantanos y lagunas, aunque menos extensos que los que forman las aguas del M'nuel. A partir de ahí empieza la subida a las alturas que, penetrando en el mar, forman el cabo Negro.

El cabo Negro se adentra en el mar en dirección oeste-este, formando un ángulo recto con el litoral anterior, que sigue una dirección norte-sur, y formando una pequeña bahía llamada del *Medik* por una pequeña torre y un aduar que había en su seno. El camino a Tetuán pasaba por una estrecha garganta, dominada por agrestes cerros, que comenzaba en el aduar y torre del *Medik*, y ascendía hasta una meseta, cumbre de la más alta de esas montañas, a partir de donde comienza la vertiente de la divisoria entre el valle del Asmir y la planicie de Tetuán. La parte del terreno del cabo que no es roca viva está cubierta por espesos matorrales.

La planicie de Tetuán está en la depresión existente entre la sierra de Bullones y la Sierra Bermeja (*El Dersa*). Recogiendo aguas de estas dos sierras riegan la planicie varios ríos, entre otros menores: *El-Lit*, un pequeño río que transcurría entre ambas sierras y desembocaba al norte de la llanura; más al sur discurría el Alcántara, afluente del Martín por su ribera norte y, finalmente, el Martín (*Guad-el-Jelí*), que recogía aguas de la sierra Bermeja y transcurría próximo a la ciudad por la parte más al sur de la planicie.

Entre Cabo Negro y la desembocadura de *El-Lit* hace la costa un pequeño entrante con una pequeña playa arenosa, continúa luego ésta hasta la desembocadura del Martín, donde existía un antiguo castillo artillado. El Martín era navegable en su última parte, hasta donde se le unía el Alcántara (unos dos kilómetros aguas arriba). Junto al límite navegable del río existía un viejo edificio, la Aduana, que servía de almacén e instalación portuaria de la ciudad para barcos de pequeño calado. La ciudad se encontraba retirada aún varios kilómetros desde este punto, presidiendo desde una altura la vega de sus ríos. Más allá de la ciudad, el camino que, a través del desfiladero del *Fondak* conducía a Tángers, a través de Samsa y del valle de Wad-Rás.

*El ejército del sultán*¹⁴

El ejército con el que contaba el sultán distaba de los modelos europeos de la época. Una parte de él consistía en una fuerza permanente, retribuida con dinero y disfrute de privilegios. Estaba esta fuerza permanente compuesta de diferentes cuerpos. La élite tradicional la constituían los *Bojaris*, guardia del sultán compuesta por jinetes de raza negra. Contaba con unos quince mil efectivos armados con espingarda (fusil largo) con bayoneta, gumía (daga larga y curvada) a modo de sable, puñal y pistola. Habitualmente se encontraban acantonados en Mequínez.



**Figura 3. Tipo del moro del rey (Magzén) de Caballería (por D.M.M. Jiménez).
El Mundo Militar 29/01/1860, pág. 1**

La fuerza permanente más numerosa la constituía el *Magzén*, también llamados moros del rey. Sumaba unos veinticinco mil efectivos, la mitad de ellos a pie y la otra mitad a caballo. Su armamento era similar al de los *Bojaris* y tenían sus bases en ciudades importantes por todo el territorio.

¹⁴ Los datos han sido extraídos del *Atlas Histórico y Topográfico de la Guerra de África en 1859-1860*.

Como complemento a la anterior fuerza, contaba el sultán con unos dos mil artilleros, en gran parte renegados europeos, que atendían unos cientos de piezas para la defensa de las plazas y unos veinte cañones (otras fuentes mencionan ciento cincuenta) de campaña. Los cañones eran de antigüedad y naturaleza diversa, algunos de hierro y otros de bronce. Recientemente los ingleses habían reforzado de forma importante la artillería en Tánger y en la toma de fuerte Martín se tomaron algunas piezas de factura reciente.

Los cuerpos permanentes se completaban con el *Nizam*, una fuerza de infantería de unos dos mil hombres, que fue creada a imagen de los batallones regulares franceses a partir de 1844 y que contaba con instructores europeos. Iban armados con fusiles y carabinas de cañón liso procedentes de Inglaterra.

En total, el ejército permanente lo formaban unos cuarenta y cuatro mil hombres, veintisiete mil de ellos jinetes. Su organización se fundamentaba en compañías de unos cien hombres al mando de un *caid-el-mia* (caid del ciento), que a su vez se subdividían en secciones de veinticinco hombres al mando de un *mokadden*. Operativamente, estas compañías se agrupaban en unidades superiores, generalmente cinco, formando cohortes o batallones a cargo de un caid de nivel superior. Por encima de este último se situaba un *caid-el-elf*, que podía mandar agrupaciones de tamaño variable, desde mil a diez mil hombres.

El ejército se completaba con fuerzas irregulares, denominadas *Gum*, aportadas por las cabilas durante cada campaña. A petición del sultán, el bajá¹⁵ de cada región convocaba a los varones de las cabilas de entre dieciséis y sesenta años que pudiesen portar armas. Estos acudían, en función del terreno en que se desarrollara la campaña, con un porcentaje mayor o menor de jinetes, armados heterogéneamente, mayoritariamente con espingardas y gumías.

En aquella época, la población que habitaba los dominios del sultán ascendía a entre ocho y nueve millones de habitantes, por lo que se calculaba que podrían llegar a convocarse para los *Gum* alrededor de 300.000 hombres. Dadas las dificultades logísticas de convocar y mantener tan alto número de efectivos en campaña, esta cifra no es realista. En base a las fuerzas convocadas por el sultán para luchar contra los franceses en la batalla de Isly en 1844, podría estimarse un número que rondaría los cuarenta mil efectivos.

¹⁵ Gobernador.

Con estos datos cabe estimar que la fuerza total con la que el sultán podía contar, sumando efectivos permanentes e irregulares, ascendía a unos ochenta o noventa mil hombres. Durante la guerra de África, las mayores concentraciones en batalla se produjeron tras la toma de Tetuán. En las batallas de Samsa y Wad-Rás pudieron llegar a reunirse algo más de cincuenta mil hombres.

Cuando el ejército se reunía para una campaña el mando recaía en el sultán, que podía delegar en algún miembro de su familia. Durante la guerra de África de 1859-1860, el mando le correspondió a Muley el-Abbás, hermano del sultán. Como segundo al mando, intervino partir de la batalla de Tetuán, Muley-Ahmed, también hermano del monarca, que estuvo al mando de diez mil infantes *Bojaris*, de los treinta y dos mil infantes y nueve mil jinetes que se estima tomaran parte en la batalla.

Para la mayoría de los analistas de la época, los soldados del sultán exhibían un valor individual rayano en la temeridad, pero mostraban una notable incapacidad para actuar como grupo y carecían de disciplina en el combate. Respecto a forma de combatir, cabe destacar la opinión de Adrián Carreras¹⁶, un oficial que participó en la guerra de 1859:

«Faltos de solidez para defender tenazmente posición alguna, por buena que ésta fuera, jamás resistían a un impetuoso movimiento de avance, a una ofensiva resuelta. Emboscados o tendidos en el suelo, al abrigo de las peñas, los zarzales o los vericuetos, con el certero y mortífero fuego de sus espingardas, trataban hasta el último momento de detener nuestra marcha; pero cuando no lo conseguían, con una agilidad extraordinaria, se dispersaban y huían; sin dar tiempo, la mayor parte de las veces, a que les alcanzaran las bayonetas de nuestros soldados, y con frecuencia el paso de ataque de nuestras cornetas era la señal de su dispersión. [...]»

No se proponían al combatir ningún fin táctico determinado. Su objeto era causarnos bajas y estar a la expectativa para si alguna fuerza nuestra se desordenaba y vacilaba presentando síntomas de temor o pánico, aprovechar la ocasión cayendo sobre ella como un aluvión, hasta aniquilarla. [...]

[...] Los marroquíes son opuestos a efectuar operación ninguna por la noche. Cuando intentaron sorprendernos en nuestros reductos o campamentos, lo hicieron siempre al rayar el día».

Sobre su carácter belicoso opinaba el corresponsal inglés, del periódico *Times*, Hardman¹⁷:

¹⁶ Citado en Martín Arrúe, op. cit., pp. 72-73.

¹⁷ Hardman, op. cit., pág. 3.

«Puede que no sean militares, pero son decididamente belicosos. Además, conocemos muy bien el desesperado coraje que les da el fanatismo. Hemos sabido que sus imanes han estado predicando una guerra religiosa y exhortándolos a pelear contra el infiel. Aunque la guerra parece popular en España, y los soldados de O'Donnell pueden acudir con la voluntad y la confianza en ganar, no debe darse por supuesto que su ardor marcial y su deseo de obtener distinciones será un estimulante más fuerte que el ciego entusiasmo de los hombres que creen en coronas de laurel en un paraíso de huríes como la segura recompensa para la muerte en un conflicto con infieles».

Al inicio de la guerra de 1859, Muley el-Abbás concentró las fuerzas regulares en las proximidades de Tánger, convencido de que las primeras acciones se desarrollarían en aquella plaza. Tras el desembarco del primer cuerpo del ejército expedicionario español y posterior ataque al Serrallo, el diecinueve de noviembre, Muley el-Abbás envió para hostigarlos al *Gum* de las cabilas de Anghera y Wad-Rás, con parte de la fuerza del *Mágdem* de Tánger. No fue hasta mediados de diciembre cuando se convenció de que el objetivo no sería Tánger y acudió personalmente a las proximidades de Ceuta con parte de la fuerza permanente.

El ejército expedicionario español

La fuerza permanente del ejército en la península, en 1859, estaba organizada en 41 regimientos de infantería regular y 20 batallones de cazadores, 19 regimientos y dos escuadrones de caballería, doce regimientos y dos batallones de artillería y un regimiento de ingenieros. Aunque los batallones se agrupaban en brigadas y divisiones, la fuerza básica de combate era el batallón.

La fuerza efectiva consistía en 4.743 jefes y oficiales y 85.609 hombres de tropa, reclutados mediante quintas por un periodo de ocho años. Adicionalmente se contaba con un ejército de reserva, organizado en 60 batallones provinciales que podía poner sobre las armas una fuerza de alrededor de otros 60.000 hombres. También se contaba con una dotación de carabineros y guardia civil que sumaba alrededor de 20.000 hombres adicionales.

El ejército se nutría del reclutamiento forzoso entre los jóvenes de veinte años mediante sorteo hasta alcanzar el número necesario de reclutas. El periodo de permanencia era de ocho años. El reclutamiento podía ser evitado mediante el pago de una cuota de 8.000 reales o la sustitución del mozo

por un varón de menos de 30 años. La fuerza se completaba con voluntarios y reenganches.

Se carecía de experiencia de combate, tanto en el personal de recluta como en la oficialidad joven. Por el contrario, los jefes y oficiales de mayor edad habían tenido experiencia de combate durante las guerras carlistas de las décadas previas, algunos de ellos habían participado como observadores en la guerra de Crimea o en las campañas italianas. Quizá esa bisonñez es la que obligó a algunos de los más destacados generales a exponerse más de lo necesario en los combates, tal y como describen los partes de guerra: O'Donnell en la batalla de los Castillejos o Prim en diversas acciones son algunos ejemplos de esta exposición excesiva.

Sobre las cualidades del ejército, cabe considerar la opinión publicada por Louis de Dax¹⁸:

«[...] pensamos (en Francia) que el ejército se encuentra agotado, diezmado por las guerras intestinas, capaz sólo de superar las necesidades más urgentes; nos figuramos que los soldados van apenas vestidos, marchan sin calzado y se nutren de un rayo de sol y de un cigarrillo; nada es más falso: su ejército está bien organizado, admirablemente armado con fusiles rayados y carabinas de precisión; su artillería es formidable y sus piezas transportadas por mulas vigorosas que pueden, en un momento dado, transportarlas a los puntos más difíciles [...]. Escuelas especiales permiten a los jóvenes que se dedican a la carrera militar recibir una instrucción teórica y práctica, cada arma tiene su colegio».

Respecto a las cualidades del soldado español, escribía Hardman en su crónica desde Málaga del diecisiete de noviembre¹⁹:

«El soldado español es inigualable por ningún otro en su capacidad de resistencia. Puede marchar más lejos y más rápido, con menos comida, que el soldado de cualquier otra nación europea. Es calmado, paciente y dócil».

El equipo de que se disponía era moderno y en buen estado. Así, por ejemplo, parte de la infantería de línea iba armada con los nuevos fusiles de cañón rayado (otra parte los llevaba todavía de cañón liso) y con bayoneta, los cazadores con carabinas de cañón rayado y bayoneta, la caballería con sable y lanza o carabina.

Inmediatamente después de los acontecimientos que condujeron a la declaración de guerra, el gobierno decidió el envío de tropas de refuerzo a la plaza. El veintisiete de agosto desembarcaron en Ceuta cuatro compañías

¹⁸ *Le Monde Illustré*, 05/11/1859, pág. 295.

¹⁹ Hardman, op. cit., pág. 4.

del regimiento de Albuera y el día treinta los batallones de cazadores de Madrid y Barbastro, duplicando así la fuerza del fijo de Ceuta (que contaba con tres batallones). También se decidió la creación de un cuerpo de ejército de observación, al mando del teniente general Echagüe, que se agrupó en Algeciras. Se componía este cuerpo de veintitrés batallones de infantería, seis compañías de artillería y cinco escuadrones de caballería.

Una vez declarada la guerra, el veintitrés de octubre, se formó el ejército expedicionario. Constaba éste de tres cuerpos de ejército, una división de reserva y una división de caballería, además del estado mayor (al mando del mariscal de campo Luis García), tres escuadrones del regimiento de artillería a caballo y tres compañías del tercer regimiento de artillería montada. La dotación total de este ejército era de 163 jefes, 1.599 oficiales y 33.228 gente de tropa, en total 34.990 hombres.

El más numeroso de estos cuerpos de ejército era el primero, al mando del teniente general Echagüe, que contaba con un total de 11.035 efectivos y fue el primero en pasar a Ceuta. Embarcó el dieciocho de noviembre y el diecinueve tomó el Serrallo, iniciando la fortificación de posiciones defensivas en las alturas al norte del barranco de los Reductos y el monte del Renegado.

Durante las siguientes semanas, mientras que el primer cuerpo consolidaba la línea ganada ante los continuos ataques provenientes del boquete de Anghera, el resto de la tropa fue desembarcando, con los condicionantes del mal tiempo, que limitaba las operaciones por mar y del cólera, que hizo su aparición en los campamentos a partir del veintitrés de noviembre, causando un importante número de bajas y manteniéndose con una alta virulencia durante el resto del año.

Una vez que el ejército expedicionario se puso en marcha, la composición del ejército se vio reforzada, alcanzando la cifra de 36.881 hombres (unos 1.900 adicionales). Si bien, el primer cuerpo de ejército quedó acantonado en Ceuta para defensa de la plaza (8.911 hombres), y el cuerpo de reserva, al mando del mariscal de campo Diego de los Ríos (6.990 hombres), desembarcó en la playa de Tetuán el diecisiete de enero. Es decir, la fuerza que siguió el camino hacia Tetuán fue de unos 23.000 hombres²⁰, organizados en dos cuerpos de ejército, una división de caballería y unidades de artillería e ingenieros. Esta fuerza estuvo apoyada por la artillería de la escuadra y, ocasionalmente, por los trozos de los barcos, que participaron en

²⁰ Esta cifra se basa en el nominal de las unidades, habría que descontar un número indeterminado de las bajas no repuestas habidas en los días anteriores.

la batalla de Castillejos y en la toma del fuerte Martín, previa al desembarco del cuerpo de reserva.

El mando se le encomendó al capitán general Leopoldo O'Donnell, conde de Lucena, que era a la vez presidente del consejo de ministros. En su primera línea de mandos se encontraban los mariscales de campo²¹ Luis García (estado mayor) y Rafael Echagüe (primer cuerpo de ejército), así como los tenientes generales Juan de Zabala (segundo cuerpo de ejército), Antonio Ros de Olano (tercer cuerpo de ejército), Juan Prim (división de reserva) y el también mariscal de campo Félix Alcalá Galiano (división de caballería).

Plan de operaciones

Fueron tres los sucesivos planes de operaciones diseñados para la campaña de África. El primero de ellos fue planteado por O'Donnell los primeros días de noviembre, tras un viaje de inspección a la costa africana en el vapor Vulcano, aunque seguramente había sido concebido con anterioridad. Consistía en el desembarco de la fuerza expedicionaria en la playa de Jeremías. Estaba situada esta playa en la costa atlántica, al sur del cabo Espartel y próxima a la bahía de Tánger, y presentaba dos ventajas importantes considerando el objetivo manifestado de alcanzar una conclusión rápida de la campaña. Por una parte, se trataba de una playa arenosa que se abría a un terreno abierto, apto para el despliegue de un ejército de las características del ejército expedicionario. Por otra, tenía como objetivo una plaza, próxima a Algeciras y Cádiz, que constituiría una vez tomada, en caso de necesidad, una excelente plataforma para operaciones sobre el resto de ciudades importantes de Marruecos.

Tánger era, por otra parte, el objetivo por todos esperado. Muley el-Abbás había concentrado en esa región sus tropas y con Inglaterra, las semanas previas a la declaración formal de hostilidades, se habían mantenido duras conversaciones en las que la parte inglesa trataba de evitar que Tánger quedara de forma permanente en manos españolas.

No se pensaba en Ceuta, que no reunía las condiciones deseables como punto de desembarco: no disponía de un puerto conveniente para concentrar la gran flota de transporte necesaria y al abrigo de todos los vientos, no disponía de espacio para concentrar unos efectivos que fueron más de la mitad de la dotación total del ejército permanente de la península y, sobre

²¹ Empleo equivalente al actual general de división.

todo, la orografía de la sierra de Bullones, un área sin carreteras adecuadas para un desplazamiento rápido y propicia para emboscadas, dificultaba el avance hacia el resto del territorio marroquí.



Figura 4. Uniformes de los cuerpos que participaron en la campaña. De izquierda a derecha: Artillería de la marina, Húsar de la princesa, ingeniero, lancero, artillero, soldado de infantería de línea y cazador en traje de campaña. *Le Monde Illustré* 05/11/1859, p. 295

Sin embargo, los mandos de marina desaconsejaron el desembarco junto a Tánger. La Armada no contaba con fuerzas suficientes para atacar una plaza que había sido fuertemente artillada con ayuda inglesa las semanas anteriores. Pero, sobre todo, no se disponía de medios suficientes para transportar toda la tropa e impedimenta necesaria en un corto periodo de tiempo. Con la posibilidad añadida en esas fechas de sufrir temporales que podrían poner en riesgo las operaciones navales y dejar sin asistencia sobre el terreno a las tropas desembarcadas. La opinión de la Armada no fue recibida con agrado, hasta el punto de que el veintisiete de noviembre había escrito O'Donnell al ministro interino de Guerra un telegrama en el que afirmaba que tomaría la ofensiva de buena gana, pero «*se retrasará si la Marina no aviva aprestos*»²².

²² Citado por Martín Arrúe, op. cit., pp. 111-112.

Vistas las circunstancias, se llegó a proponer un plan alternativo. Consistía éste en centrar los esfuerzos en un desembarco en Tetuán, plaza peor defendida y que contaba también con una amplia planicie apta para el despliegue de la fuerza. Sin embargo, la ciudad estaba alejada del mar varios kilómetros, lo que dificultaba las actividades de avituallamiento a la ciudad una vez tomada, no disponía de una dársena que la protegiese de los vientos de levante y, sobre todo, la difícil orografía circundante propiciaría que la tropa fuese hostigada antes de haber tomado posesión completa del territorio. Por otra parte, el desembarco frente a Tetuán no evitaba el mayor de los peligros puestos de manifiesto por las autoridades de marina: que las condiciones atmosféricas provocasen que el ejército se quedase aislado antes de su despliegue completo. O, una vez completado, se quedase sin suministros.

Por ello, no parecía existir mejor alternativa que el desembarco de la tropa en Ceuta, desplazándose el grueso de la fuerza por tierra y junto al mar hasta la toma de Tetuán. La escuadra y los vapores de transporte debían servir de base logística al ejército expedicionario y dar apoyo artillero de las operaciones en tierra. Este planteamiento permitía iniciar las acciones con el grueso de la fuerza sobre el terreno y asegurar su desplazamiento sin una pesada impedimenta. Los heridos serían evacuados por mar, dado que el cordón umbilical con Ceuta se perdería al no disponer de efectivos suficientes para asegurar todas las alturas que dominaban el camino.

Ya con el primer cuerpo de ejército sobre el terreno desde el día dieciocho y tomadas las posiciones clave en las alturas que rodeaban la plaza, el veintisiete de noviembre desembarcó en Ceuta la primera división del segundo cuerpo y la división de reserva. El desembarco del resto de la fuerza se alargó durante todo el mes de diciembre, interrumpido en varias ocasiones por las malas condiciones meteorológicas. Mientras tanto se construían reductos y trincheras en la línea defensiva, así como caminos adecuados para la conveniente comunicación entre los reductos y de éstos con Ceuta.

El día tres de diciembre el general en jefe del segundo cuerpo de ejército, teniente general Juan de Zabala, hizo con cuatro batallones una incursión de exploración en el campo enemigo hasta el río Castillejos. Unos días después, el día ocho, se conseguía desbrozar en dirección a Castillejos dos kilómetros el camino que, naciendo en Ceuta, se bifurcaba en la mezquita *Sidi Embarek* y pasaba por el reducto Príncipe Alfonso.

Las hostilidades, hasta el día nueve de diciembre, se sostuvieron en la parte occidental del frente, entre la boca de Anghera y el monte del Renegado. El día doce, cuando el avance de los trabajos de ampliación y desbroce del camino a Tetuán obligaba a alejarse de la protección de la línea de reductos, la división de reserva recibió el encargo de proteger los trabajos. A

mediodía, una fuerza de alrededor de 4.000 hombres aprovechó sus posiciones en las alturas para atacar con ventaja los trabajos; no obstante, pudieron ser rechazados hasta más allá de las ruinas de los castillejos y la casa del Morabito con fuertes pérdidas, las propias ascendieron a cuatro muertos y setenta y un heridos.

El día catorce se emitieron órdenes para que el tercer cuerpo de ejército situase su campamento junto a la costa, al sur del barranco de los reductos y por tanto avanzado respecto al reducto Príncipe Alfonso. Al día quince se volvió a sufrir otro ataque, en el que uno de los objetivos resultó ser el recién instalado campamento del tercer cuerpo. En el parte de ese día se daba cuenta de la presencia, entre la tropa enemiga, de «...jinetes blancos y negros con magníficos trajes y arreos que sólo ellos usan y según las apariencias es posible que también se encontrara entre ellos Muley *el-Abbás*»²³. La presencia junto a Ceuta del general en jefe de las tropas del sultán muestra que, para entonces, ya estaba claro para éste que el objetivo era Tetuán.

Los trabajos en el camino, donde fue preciso construir un puente de 7 metros de luz y 3,5 metros de ancho, continuaron durante los días dieciséis y diecisiete. Este último día, Prim realizó por la mañana un reconocimiento del terreno llegando hasta cerca del monte Negrón sin ser hostilizado. Pero, sobre las dos de la tarde, aparecieron numerosos enemigos por las cañadas entre los montes que cierran el valle de los Castillejos, volvieron a tomarse las alturas donde se ubica la casa del Morabito para defender la línea. Desde el mar, los vapores *Ceres* y *Buenaventura*, apoyaron con su artillería las acciones.

Los dos días siguientes un fuerte temporal obligó a suspender todas las actividades en el camino. El veinte, un ataque a todos los reductos obligó a utilizar la división de reserva como apoyo a la defensa de las posiciones. El día veintidós el ataque, según el parte de ese día, se produjo desde el monte Negrón con fuerzas considerables que, de nuevo, intentaban hacerse con la posición la casa del Morabito. El ataque fue contenido con el apoyo de la caballería y del fuego de la escuadra

El veintinueve de diciembre, la escuadra bombardeó el fuerte existente en la desembocadura del río Martín, acallando sus baterías. Ese mismo día llegó a Ceuta el parque de campaña de ingenieros y empezaron a repartirse raciones para seis días entre las tropas que iban a desplazarse hacia Tetuán, también fueron embarcada en los vapores raciones para un mes. Los dos últimos días del año no se sufrieron las lluvias y tormentas que habían

²³ Parte de guerra de la acción del 15 de diciembre. Recogida en *Álbum de la guerra de África*, pág. 36.

sido frecuentes hasta entonces y que convertían el terreno en un lodazal impracticable. Aún se sufrieron las hostilidades sobre las avanzadas del tercer cuerpo de ejército durante el día treinta.

Durante esta primera fase de las operaciones, en las que el ejército se mantuvo a la defensiva, la tropa había ganado experiencia de combate y acostumbrado al tipo de campaña al que se enfrentaba; se habían creado hospitales y rutas de correo marítimo; se había organizado la logística, reduciendo el volumen de la impedimenta mediante el adecuado empleo de la flota como soporte logístico; finalmente, se había habilitado parte del camino, que en origen era poco más que un sendero, para el paso de la artillería rodada.

Los preparativos habían finalizado. La noche del treinta y uno de diciembre, el segundo y tercer cuerpo de ejército, la división de reserva, la división de caballería y la artillería se encontraban listos para la siguiente fase de la campaña. El primer cuerpo de ejército quedaba para la defensa de las posiciones en Ceuta y, en Algeciras, se encontraba alistado el cuerpo de ejército de reserva, creado por real Orden del diecisiete de diciembre, compuesto por ocho batallones de infantería y un escuadrón de caballería con unos seis mil hombres, al mando del mariscal de campo Diego de los Ríos.

Así explicaba O'Donnell las razones para dividir la fuerza, dejando en Ceuta tan considerable parte de su ejército:

«Al emprender mis operaciones sobre Tetuán, me será preciso dejar en este punto al primer Cuerpo de ejército, pues de otro modo los campos ganados a costa de abundante y generosa sangre, y las fortificaciones construidas para asegurar a la plaza de Ceuta una zona de terreno extensa, fértil y conveniente, serían perdidos en el acto, y la moral y crédito de nuestras Armas decaería sin duda en el país y a la vista de la Europa, viendo otra vez a los moros al pie mismo de las murallas de ella»²⁴.

Adicionalmente, la permanencia del primer cuerpo en Ceuta se explicaba porque el último de los planes contemplaba acciones para asegurar la sierra de Bullones:

«La tranquilidad de Ceuta estará siempre amenazada si las tribus de Anghera y Benzú no son destruidas y aniquiladas; conseguir este objeto será mi segunda operación, al mismo tiempo que me dirijo sobre Tánger, enviando por la espalda fuerzas bastantes para vencer sus posiciones, mientras que el

²⁴ Parte del 10 de diciembre de O'Donnell al ministro interino de la Guerra. Recogido en Martín Arrúe, op. cit., pág. 117.

Comandante en Jefe del primer Cuerpo las ataca de frente y todo lo destruye, reuniendo todas las fuerzas para llevar a cabo mi pensamiento»²⁵.

El largo camino hacia Tetuán

Antes de alumbrar las primeras luces del primer día del año, el ejército inició su marcha hacia Tetuán. Marchaba en vanguardia la división de reserva, dos escuadrones de húsares y tres baterías de montaña (transportadas a lomos de mulas). Eran seguidas por el estado mayor y el segundo cuerpo. El tercer cuerpo debía permanecer, hasta recibir órdenes, junto a la división de caballería en su campamento a los pies del reducto del Príncipe. En total unos veintitrés mil hombres que se desplazaban en una larga columna, con la protección del mar (y el apoyo logístico y artillero de la escuadra) a su izquierda y la amenaza de una fuerza superior en número desde las alturas existentes en su flanco derecho.

Se preveía que avanzase una parte de las unidades una cierta distancia para remover obstáculos y asegurar posiciones, entonces debían avanzar el resto de las unidades y repetirse el proceso. Las dificultades más importantes se esperaban una vez pasado el valle de Castillejos. Ello era así porque el camino se había agrandado y nivelado sólo hasta el río Castillejos, el resto todavía estaba por acondicionar. Por otra parte, el conocimiento del terreno más allá del monte Negrón era limitado, la exploración se había realizado desde el mar, mientras que el camino se apartaba del litoral tras el cabo Negro. Además, la orografía en esa zona facilitaba la defensa y la distancia hasta Ceuta hacía difícil los socorros desde la plaza, así como también dificultaba una potencial retirada.

El objetivo de aquel primer día era la toma de la colina en la que se ubicaba la casa del Morabito y el control del valle de Castillejos²⁶. A diferencia de los días anteriores, esta vez debía conservarse la posición hasta el paso total de la tropa. La toma de la colina fue encomendada a la división de reserva mandada por Prim, que se hizo con ella a primeras horas de la mañana sin bajas importantes, después de vencer la resistencia de una pequeña fuerza enemiga de unos 1.000 hombres. Cubierto el objetivo, el enemigo se replegó hacia las alturas que cierran por su oeste el valle y que dominaban a tiro de fusil las posiciones conquistadas. Por ello se encomendó a Prim la

²⁵ *Ibíd.*, pág. 118.

²⁶ Una descripción precisa de las operaciones puede consultarse en el parte de la batalla. *Álbum de la guerra de África*, pp.36-39. Una visión más emocional y colorida en Alarcon, op. cit. cap. XXVI.

toma de aquellas alturas. Mientras tanto, numerosos enemigos llegaron al valle amenazando la casa del Morabito. Las baterías de las fuerzas sutiles de la escuadra, unidas al posterior desembarco de los trozos de los buques y los batallones comandados por Prim, con apoyo de la carga de los húsares, permitieron asegurar la posición y el control de todo el valle.

Hacia las tres de la tarde, las fuerzas der Muley el-Abbás se habían ido incrementando hasta el punto de hacer posible una serie de ataques y contraataques que provocaron que el control de las alturas cambiara de manos en sucesivas ocasiones, causando un considerable número de bajas en ambos bandos. Al caer el sol, el ejército expedicionario quedó dueño del terreno, con un número de bajas que se cifró oficialmente en 619, entre muertos y heridos, aunque algunos observadores las cifran entre 1.100 y 1.200 (Pedro Antonio de Alarcón en más de 800), justificando la diferencia entre el dato oficial y el observado por evitar el impacto negativo en la opinión pública²⁷.

A pesar de la victoria, algunos episodios durante la batalla pudieron haber arruinado el resultado de ésta y de la campaña entera. Ampliamente comentados en la literatura ha sido la carga de los húsares sobre el campamento de Muley el-Abbás, que para algunos recordó la carga suicida de la brigada de la caballería ligera en Balaclava (campaña de Crimea) y en la que resultaron dos oficiales muertos y otros siete heridos, saliendo sólo dos oficiales ilesos (la proporción de bajas entre la tropa y las monturas fue similar). Siendo la situación un avatar del combate que responde a la visión concreta que del momento tienen los comandantes al mando, no es posible, como reconoce Martín Arrúe²⁸, cuestionar la iniciativa de los mandos y asegurar que tales sacrificios y muestras de heroísmo fuesen manifestaciones innecesarias de audacia. Por otra parte, esta versión de los hechos cabría ser revisada. Albí²⁹ expone una visión contrapuesta según la cual los húsares actuaron por orden de expresa de Prim, como así permite interpretarlo la redacción de su parte de batalla.

También cabe revisar la iniciativa de Prim para la toma del campamento enemigo, que pudiendo terminar en una rotunda derrota, su heroísmo, prestigio entre la tropa y, sobre todo, el oportuno refuerzo enviado por O'Donnell lograron evitar. Si bien sigue siendo de aplicación el criterio de la necesaria iniciativa del mando, los partes de la acción hacen más difícil justificar las decisiones de Prim, tomando con grandes pérdidas posiciones que después serían abandonadas. Que O'Donnell corrigiera sus primeros partes, en los que mencionaba que se había extralimitado en el cumplimien-

²⁷ Hardman, op. cit., pág. 109.

²⁸ Martín Arrúe, op. cit., pp-127-129.

²⁹ Albí de la Cuesta, O. Cit., pág. 231.

to de las órdenes recibidas, por otro mucho más amable³⁰, redactado unos días después, seguramente estuvo influenciado por la posición política que ambos ostentaban y la necesidad de mantener frente a la opinión pública una relación de cordialidad sin fisuras³¹.

Especialmente comprometida resultó también la exposición al fuego de O'Donnell en primera línea, poniendo en riesgo la vida de quien era, no sólo el comandante en jefe del ejército, también el presidente del consejo de ministros (y ministro de Guerra). Su muerte hubiese resultado irreparable, y hubiera tenido unas consecuencias políticas, sociales y, desde luego, militares difíciles de calibrar. Ese riesgo fue el que llevó a Prim ese día a hacerle ver el peligro: «*Mi general, aquí mando yo: este no es el punto de V. su vida no le pertenece, y aquí la expone sin necesidad: todo está ya terminado*»³². En realidad, fue generalizada la continua y arriesgada exposición al fuego de los generales, alguno de los cuales llegó incluso a perder el caballo que montaba³³.

Según reconocía el propio O'Donnell, este combate había sido el más reñido desde que se iniciaron las hostilidades; para otros, como Hardman³⁴, fue la primera de las acciones durante la campaña que mereció el nombre de batalla por su duración, por los movimientos realizados y el terreno ocupado, por la cantidad de efectivos implicados y por el número de bajas de uno y otro bando. Otra batalla que mereciera el nombre de tal no se libraría hasta la llegada a la planicie de Tetuán.

La ausencia de otras acciones de análoga magnitud los siguientes días no quiere decir que la marcha estuviese libre de peligros que hubiesen podido poner en riesgo el éxito de la campaña. Aunque el número preciso de efectivos con los que Muley el-Abbás contaba era desconocido, se sabía que éstos eran sensiblemente superiores a los propios y que contarían con la ventaja del terreno durante todo el trayecto hacia Tetuán.

No obstante, la disposición de unidades disciplinadas y con mejor equipamiento equilibraba la balanza. Si la capacidad de resistir contra esa fuerza superior en número acantonados en la línea de reductos había quedado probada, otra cuestión era desplazarse a través de territorio enemigo bajo la incierta amenaza del cólera, la dureza del clima y el desconocimiento del terreno que habría que recorrer.

³⁰ Parte oficial de la batalla de los Castillejos, *Álbum de la guerra de África*, op. cit., pág. 38.

³¹ Parece que hubo algún tipo de acercamiento entre ambos, dado que la revisión del parte coincide en la fecha con la decisión de otorgar a Prim el mando de un cuerpo de ejército.

³² Citado en Alarcón, op. cit., Cap. XXVI.

³³ Mordacq, op. cit., pág. 70.

³⁴ Hardman, op. cit., pág. 109.

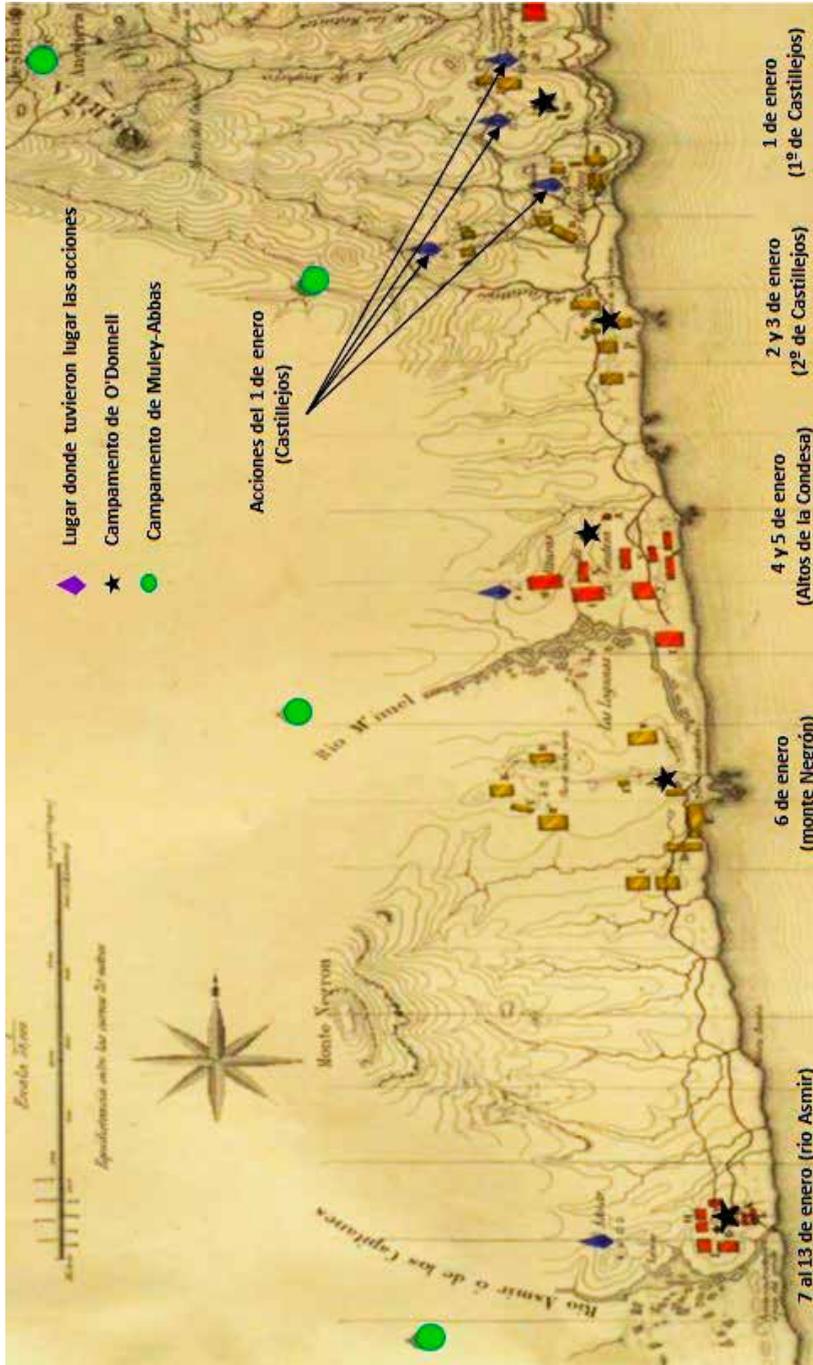


Figura 5. Recorrido seguido por el ejército expedicionario entre los días 1 y 7 de enero de 1860. Recorte extraído del *Atlas histórico y topográfico de la guerra de África*, con indicación de los principales movimientos

Esa noche, dada la tardía hora en que la batalla concluyó, el ejército acampó en las posiciones tomadas. Temprano el día siguiente, el ejército se desplazó por el camino junto a la playa acondicionado los días previos unos dos o tres kilómetros hacia el sur, acampando en la ribera derecha del río Castillejos. Las compañías de ingenieros continuaron consolidando el sendero por delante de sus posiciones. El trabajo duro al que estuvieron sometidas estas compañías había hecho que el cólera les hubiera golpeado de una forma especialmente dura: de los 135 efectivos con que inicialmente contaban estas compañías habían pasado a 90.

El día cuatro, el ejército retomó la marcha hacia Tetuán hasta posicionarse en los altos de la Condesa, que definían el límite entre el valle de Castillejos y el del río M'nuel, cerrado por el sur por las laderas del monte Negrón. A partir de ese momento las comunicaciones con Ceuta quedaron cortadas. Mientras tanto, el campamento de Muley el-Abbás se había situado aguas arriba del río, entre las montañas, a menos de diez kilómetros de la costa. En esa posición, donde permanecieron hasta la mañana del día seis, fueron hostigados por fuerzas enemigas que, aunque fueron fácilmente rechazadas con apoyo artillero, causaron veinticuatro bajas, entre muertos y heridos.

El paso del río constituía uno de los puntos más peligrosos de la marcha. Aunque el río llevaba bastante caudal de agua, el paso era posible para la infantería por una lengua de arena junto a la playa, donde el río escondía sus aguas antes de llegar al mar, pero resultaba impracticable para la artillería rodada. Se temía que el ejército pudiera quedar dividido durante el paso. Para evitarlo, la madrugada del día seis, una avanzadilla del ejército pasó el río hasta posicionarse en unas alturas del margen derecho. Concluida la operación sin incidentes, se construyó a primeras horas de la mañana, con troncos de árboles de las proximidades, un puente que tenía 11 metros de luz por 3,7 metros de anchura y permitió el paso de la artillería rodada y el resto del ejército.

Para facilitar el paso se había amagado un movimiento hacia el campamento de Muley el-Abbás, que engaño al enemigo y evito un costoso enfrentamiento durante el paso del río. El campamento español quedó instalado esa tarde en el margen derecho del río, a las faldas del monte Negrón. Se superaba así, sin pérdidas de importancia, el que se preveía uno de los puntos críticos de la marcha.

Al día siguiente, el ejército cruzó las faldas del monte Negrón sin incidencias de interés y alcanzó el margen izquierdo del río Asmir, habitualmente seco, donde instaló el campamento. Esa tarde fue hostigado por fuerzas enemigas, que fueron rechazadas. Se sufrieron en esta operación treinta y una bajas.



Figura 6. Valle y lagunas del río M^onuel. *Biblioteca virtual de Defensa*

Concluía así a la primera semana de marcha, con unas bajas que, desde la batalla de Castillejos, habían estado muy por debajo de lo esperado y una climatología que no había sido un impedimento para la operación. El cólera estaba remitiendo, la moral de la tropa era alta y tan sólo quedaban las peñas de cabo Negro, según se esperaba, como obstáculo difícil de superar antes de llegar a la planicie de Tetuán. Consistía ésta en un terreno plano, más propicio para el estilo de combate del ejército, y allí se esperaba recibir el necesario refuerzo del cuerpo de reserva que habría de llegar desde la península.

La situación cambió a peor esa misma noche. Una fuerte tormenta, acompañada de fuertes lluvias, dejó al ejército inmovilizando. El huracano levante y la mar arbolada que se estableció en la zona impidieron las operaciones de la escuadra, cuyas unidades se vieron obligadas a abandonar el área en demanda de abrigo, no sin pérdida de algunas unidades. La goleta de hélice de la escuadra *Rosalía* fue empujada por el mar hasta quedar varada en la playa, a las faldas del monte Negrón, cerca del campamento. El apoyo logístico al ejército quedó interrumpido durante varios días.

La tormenta no remitió durante los días siguientes. Por el río Asmir, habitualmente seco, llegó a circular un caudal de cinco metros cúbicos por segundo³⁵. La comida pronto empezó a escasear, especialmente para el ganado, cuyas raciones hubieron de recortarse. Los hombres marchaban con racionamiento para seis días³⁶, pero seguros de su reposición habían consumido más de lo previsto. El nueve, la tempestad llevaba ya tres días establecida y el viento seguía soplando «*las raciones se habían agotado, las mejores provisiones en el campo se reducían a galleta mojada en agua corrompida*»³⁷. A pesar de las dificultades la moral permanecía alta entre la tropa, llegándose a decir que los soldados se quejaba más por la falta de tabaco que por la de comida; ante la inquietud de los jefes por conocer la situación real de las raciones disponibles alguno de aquellos respondía: «*decid a nuestro general que sólo tenemos raciones para un día; pero con ellas comeremos dos, y pudiendo permanecer otros dos sin sustento, pues por tan poco nadie se muere, que nos cuente racionados por cuatro*»³⁸.

³⁵ García García, op. cit., pág. 26.

³⁶ El mensaje enviado el día 7 por el comandante general de las fuerzas navales de operaciones al ministro de Marina desde el fondeadero de Cabo Negro decía: «*El viento al S. E. que anuncié á V. E. esta mañana entablaba, ha refrescado con cerrazón y lluvias obligando a mandar a Ceuta los vapores trasportes con los cañoneros, Mucha reventazón en la playa, que impide comunicar con el cuartel general. [...] El ejército está completo de municiones y con víveres para cinco días*». *La Gaceta*, 09/01/1860, pág. 1.

³⁷ Yriarte, op. cit., pág. 61.

³⁸ Estado Mayor Central del Ejército: *Historia de las Campañas de Marruecos*, Vol. 1. Imprenta Servicio Geográfico del Ejército, 1947, pág. 239.

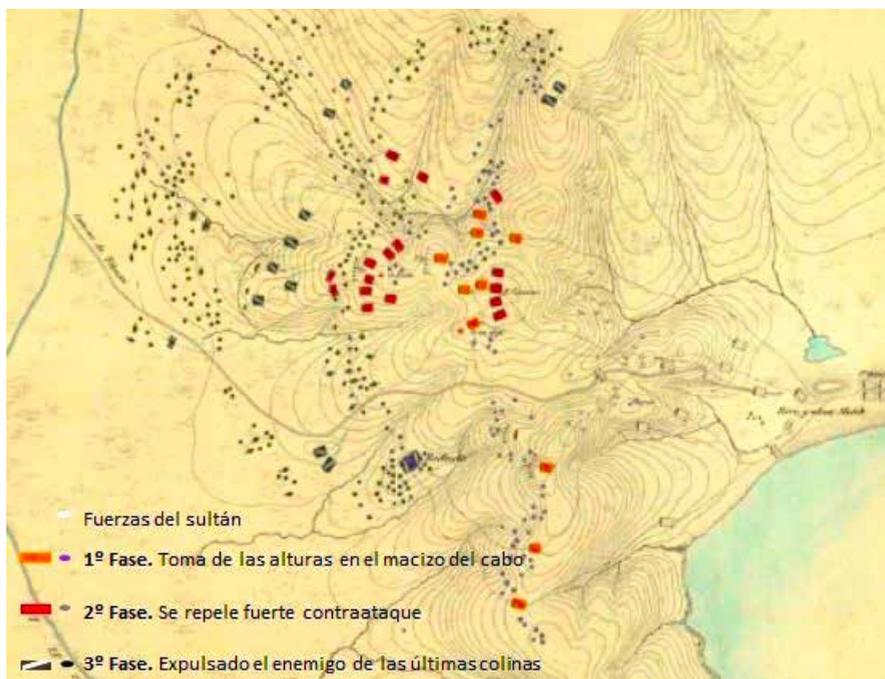


Figura 7. Acción del 14 de enero en las alturas de cabo Negro. Recorte extraído del *Atlas histórico y topográfico de la guerra de África*

La situación era crítica, por lo que a pesar de lo peligroso del trayecto se decidió enviar por tierra un contingente a Ceuta para buscar avituallamiento. Cuando la mañana del día diez el destacamento estaba listo para marchar, una leve mejoría de las condiciones meteorológicas permitió que los barcos de la escuadra volvieron a verse en el horizonte. Las dificultades de la mar impidieron un reaprovisionamiento completo, pero al menos se pudieron, con grandes dificultades, descargar medias raciones secas para la caballería.

Ese mismo día se produjo un ataque al campamento, en el que se sufrieron 171 bajas, aunque se estimaba que el enemigo no dejó menos de 800. El ataque se repitió dos días después con el resultado de un soldado muerto y noventa y uno heridos, el enemigo dejó en el campo 47 muertos y un número indeterminado de heridos.

Mientras tanto, hubo de construirse un puente para el paso del río Asmir. Sin existencia de arbolado en la zona, se hizo uso de la arboladura del maltrecho *Rosalía*, construyendo un puente con los escasos materiales disponibles en el terreno y los que se pudieron obtener de la escuadra. El

punte constaba de dos diques en ambos márgenes y una pasarela que dejaba una luz de once metros. Dotaciones y medios de la Escuadra construyeron un segundo paso. El segundo cuerpo inició el día catorce a las cuatro y media de la mañana el paso que hubo de hacerse con precaución por lo precario de la construcción, y el último soldado lo traspasó a las dos de la tarde.

Inmediatamente tras su paso, el segundo cuerpo atacó las alturas que protegían los pasos a través de cabo Negro. Su avance no fue hostilizado hasta las diez, cuando ya había superado las primeras alturas del promontorio, penetrando en el desfiladero, y avanzando tan rápido como le permitía la tupida vegetación y terreno agreste. La acción fue apoyada por la artillería de montaña y el tercer cuerpo, así como por tres escuadrones de caballería que contuvieron las cargas de la numerosa caballería *Bojari* llegada de Tetuán.

Las condiciones del terreno concedían una importante ventaja para su defensa, pero esta no fue aprovechada por las tropas de Muley el-Abbás³⁹. Fue, a decir del corresponsal Hardman, «*el más importante movimiento realizado hasta entonces por el ejército español en África [...] que se acompañó de virulentos combates y terminó en un completo éxito*»⁴⁰.

El combate costó 25 muertos y 393 heridos. Según los datos oficiales, el ejército había sufrido desde que se dejaron atrás los reductos de Ceuta 1.259 bajas en combate (aunque seguramente el número era mayor) y un número indeterminado de bajas por enfermedad que, aunque a menor ritmo que durante el mes anterior, habían continuado acumulándose. Las bajas en combate oficialmente informadas de esas dos semanas resultaron ser casi la mitad de las 2.878 muertes y bajas por invalidez reportadas de toda la campaña.

Aseguradas las colinas que dominaban el valle de Tetuán, concluía aquella marcha de dos semanas que seguramente decidió el resultado de la campaña y en las que, como comentó un oficial de artillería «...*cuando dejamos la arena es para ascender montañas y cuando dejamos atrás las montañas es para hundirnos en la ciénaga*»⁴¹.

Resulta sorprendente que esta acción y la del paso del río M'nuel, que se superaron con un significativo menor número de bajas que los sufridos en la batalla de Castillejos, recibieran menos reconocimiento social. Merece la pena recordar que la casa del Morabito, objetivo en Castillejos, había venido siendo tomada casi diariamente (y abandonada después) desde el día doce de diciembre, cuando empezó el acondicionamiento del camino. Seguramente el alto número de bajas sufrido se debió a la propensión a asumir ries-

³⁹ Véase un detallado relato de la acción en Albí de la Cuesta, op. cit., pp. 251-255.

⁴⁰ Hardman, op. cit., pág. 156.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 179.

gos innecesarios, antes mencionada, y el realce social que recibió la batalla se debió tanto al interés de minimizar el efecto de las bajas en la opinión pública⁴², como al hecho de representar un cambio de fase en la campaña.

A las tres de la tarde de aquel catorce de enero se hicieron visibles frente a la costa los vapores que conducían la división del General Ríos, embarcada la víspera en Algeciras, que quedaron fondeados en la rada de Tetuán.

Como coherente colofón a la marcha realizada, llovía incesantemente. Por ello, con parte de la fuerza acampada en los altos tomados para asegurar su control, el resto volvió en busca de abrigo al campamento que habían dejado atrás. Muley el-Abbás instaló su campamento junto a Tetuán, en las alturas que había al norte de la ciudad.

Conclusión

La llegada a la planicie de Tetuán debió significar un verdadero alivio para O'Donnell. Haciendo abstracción de los retrasos y de las dificultades pasadas, devolvía la situación al escenario que él imaginó al inicio. Por fin se encontraba en una situación ventajosa en el que era posible desplegar todas las capacidades de su ejército y tomar la iniciativa.

Lo que sus críticos y analistas posteriores se preguntaban era si no hubiera sido posible llegar a esa situación evitando la penosa marcha y la división de sus fuerzas⁴³. Sobre esto último ya se han expuesto las razones para dejar el primer cuerpo en Ceuta, sobre la necesidad de abordar la marcha podemos encontrar las razones en una comunicación de O'Donnell al ministro interino de Guerra:

«Vuecencia sabe cuántas modificaciones he tenido que hacer en el plan de campaña, cuantas contrariedades han venido a trastornar mi pensamiento, viéndome forzado en todos los movimientos a no seguir lo que creía útil, conveniente y de inmediatos resultados. La venida del tercer cuerpo aquí quizá sea la última, pero harto sensible para mí: primero, porque me obliga a hacer una operación que manifiesta al enemigo mis proyectos todos; y segundo, porque estándose padeciendo en este campo la enfermedad epidémica que

⁴² Refiriéndose a O'Donnell: «...levantando el país para la guerra y encendiendo el patriotismo, consigue que todos los españoles, sin faltar uno, piensen una misma cosa». Pérez Galdós, Benito: *Aita Tettauén*. Librería y casa editorial Hernando, Madrid, 1930, pág. 32.

⁴³ Ameller, Vitoriano: *Juicio crítico de la Guerra de África*. Imprenta de Francisco Abienzo, Madrid, 1861.

me tiene afligido, no podré preservar de ella al tercer Cuerpo como esperaba, aumentándose mis conflictos»⁴⁴.

Aunque la declaración también muestra la preocupación de O'Donnell por el azote del cólera, la enfermedad fue, por una parte, sobrevenida, ya estaba presente en la península desde meses antes de que se iniciaran las hostilidades. La inevitable acumulación de personal de diversas procedencias en el espacio reducido de la plaza contribuyó a su expansión.

Además, se tomaron todas las medidas que fue posible para atajar sus consecuencias. Hasta el punto de que, llegando a Tetuán, *«el cólera continuaba haciendo víctimas; pero había disminuido mucho su intensidad desde la salida del Serrallo, y se iba acercando cada vez más el momento en que pudiera perder el carácter epidémico»⁴⁵*. Parece probado que el cólera estaba razonablemente controlado cuando empezó la marcha hacia Tetuán.

Por el contrario, dos aspectos carecieron de la oportuna previsión o se previeron con un excesivo optimismo. Considerando que el plan de campaña incluía una arriesgada travesía a través de un territorio dominado por el enemigo, hubiera sido aconsejable un conocimiento preciso de la orografía antes de iniciar la marcha. Antes del inicio de las hostilidades pudo haberse explorado los pasos por cabo Negro y por la cuenca del M'nuel.

Se habían enviado espías a Tetuán, una ciudad comercial sobre la que, por otra parte, se podían obtener referencias con facilidad. También se conocían los hitos más importantes del camino, pero no se disponía de la información precisa sobre la naturaleza de los trabajos que los pontoneros habrían de realizar, hasta el punto de que fueron equipados con el tren de puentes que estaba preparado en la península sólo cuando llegaron al valle de Tetuán⁴⁶, teniendo que abastecerse mientras tanto para sus trabajos de los pobres recursos que el terreno les podía ofrecer.

Tampoco se hizo una previsión razonable sobre los riesgos meteorológicos. Que éste era un tema ajeno a las consideraciones iniciales del general en jefe parece probado, considerando los primeros planteamientos del plan de Campaña.

Desde el inicio de las operaciones hasta la llegada al valle de Tetuán, la climatología tuvo un papel protagonista en la campaña. Al principio, los continuos temporales en el estrecho, que impidieron algunos días el tráfico y otros muchos dificultaron las operaciones de carga y descarga de los vapores, provocaron retrasos significativos en las operaciones. Pero el temporal

⁴⁴ Citado por Martín Arrúe, op. cit., pp. 116-117.

⁴⁵ Landa, Nicasio: *La campaña de marruecos. Memorias de un médico militar*. Imprenta de Manuel Álvarez, Madrid, 1860, pág. 110.

⁴⁶ García García, op. cit., pág. 33.

de levante que se sufrió entre el siete y el doce de enero estuvo a punto de poner en riesgo la campaña y llevar a las armas españolas al desastre más completo. Todo parece indicar que el compromiso entre seguridad de aviatallamiento e impedimenta mínima se resolvió en favor de la última en base a una supuesta seguridad en la disponibilidad de la escuadra.

O'Donnell había ejercido labores de ministro de Guerra en varias ocasiones durante la década de 1850 y en aquel momento era, además, presidente del consejo de ministros. Conocía por tanto la situación precaria en que se encontraba la escuadra porque había liderado los esfuerzos presupuestarios que se estaban realizando para su mejora. Por eso sólo cabe deducir que no consideró los efectos que una meteorología adversa y una escuadra reducida provocarían en las operaciones navales.

A pesar de lo anterior y de las manifiestas carencias estratégicas de los jefes enemigos que resalta un observador neutral:

«En el monte Negrón y en el paso del cabo Negro los moros acababan de dar una prueba incontestable de los pocos conocimientos estratégicos que poseían. Con el valor personal y el coraje con que van al combate, un puñado de hombres sobre las alturas que dominaban la garganta por donde avanzaba la vanguardia española, está fuera de toda duda que ese paso que se efectuó tan fácilmente hubiera costado en otra parte del mundo más que una batalla. Y, si en lugar de pertenecer a este enemigo, el cabo hubiera estado en manos de un ejército europeo, hubiera hecho falta para que el ejército español pasase que no quedara ni un hombre para impedirselo. [...] Una vez el cabo Negro dominado, no quedaba ningún poder capaz de parar al ejército español»⁴⁷.

La victoria obtenida no puede entenderse sin tomar en consideración las acertadas decisiones tácticas en el paso del M'nuel y en la toma de las alturas del cabo Negro. Así como la disciplina, el valor y la capacidad de sufrimiento de los soldados españoles, hasta el punto de que un corresponsal extranjero, experimentado en las campañas de Crimea e Italia opinaba:

«El soldado español es inigualable en su capacidad de resistencia. Marchará más lejos y más rápido, con menos comida que los soldados de cualquier otra nación europea»⁴⁸.

«Las buenas cualidades del soldado español han sido evidentes. Ha sido invariablemente ordenado, disciplinado, combativo e incluso feliz bajo circunstancias complicadas»⁴⁹.

⁴⁷ Yriarte, op. cit., pp. 76-77.

⁴⁸ Hardman, op. cit., pág. 4.

⁴⁹ Ibidem, pág. 64.

En lo que se refiere a su comandante en jefe, O'Donnell, aunque parte de la prensa española le reprochaba su falta de iniciativa, fundamentalmente por la lentitud en iniciar la ofensiva -respecto a las expectativas de esta misma prensa y algunos políticos- otro observador extranjero reconocía que «*en el curso de la campaña dio muestras de ser un hombre de acción de eminentes cualidades*»⁵⁰. Aunque, en su opinión, «*no poseía la habilidad previsor de un buen organizador*»⁵¹. Estas opiniones parecen corroborar un cierto acuerdo entre los analistas respecto a las debilidades de O'Donnell como planificador estratégico, a la vez que resaltan sus capacidades en el desempeño táctico.

Una vez frente a Tetuán, pocos dudaban del triunfo final.

⁵⁰ Mordacq, op. cit., p. 109 (nota 1).

⁵¹ *Ibidem*.

BIBLIOGRAFÍA

- ALARCÓN, Pedro A.: *Diario de un testigo de la guerra de África*. Imprenta y librería de Gaspar Roig. Madrid, 1860.
- ALBÍ DE LA CUESTA, Julio: *¡Españoles a Marruecos! La guerra de África 1859-1860*. Desperta ferro ediciones. Madrid, 2018.
- AMELLER, Vitoriano: *Juicio crítico de la Guerra de África*. Imprenta de Francisco Abienzo. Madrid, 1861.
- BALAGUER, Víctor: *Jornadas de gloria, o los españoles de África*. Librería española. Madrid, 1860.
- GARRIDO GUIJARRO, Oscar: *Aproximación a los antecedentes, las causas y las consecuencias de la guerra de África (1859-1860). Desde las comunicaciones entre la diplomacia española y el ministerio de Estado* (tesis), GIL PÉREZ, Javier y REQUENA Y DÍEZ DE REVENGA (dir.), UNED. Madrid, 2014.
- HARDMAN, Frederick: *The Spanish Campaign in Morocco*. Willian Blackwood & Son. London, 1860.
- LANDA, Nicasio: *La campaña de marruecos. Memorias de un médico militar*. Imprenta de Manuel Álvarez. Madrid, 1860.
- MARTÍN ARRUE, Francisco: *Guerra Hispano-marroquí de 1859 y 1860: estudio histórico*. Real Academia de la Historia. Madrid, 1916.
- MORDACQ, Henri Jean Jules: *La Guerrea au Maroc: enseignements tactiques de deux guerres, franco-marocaine (1844) et hispano-marocaine (1859)*. Henri Charles-Lavauzelle, Ed. París, 1908.
- PÉREZ GALDÓS, Benito: *Aita Tettauen*. Librería y casa editorial Hernando. Madrid, 1930.
- YRIARTE, Charles: *Sous la tente. Souvenirs du Maroc: récits de guerre et de voyage*. Marizot, libraire-éditeur. París, 1863.

Recibido: 03/06/2022

Aceptado: 14/11/2022